

de las ciencias y letras, que durante esta época y muchos acontecimientos que no se detallan en esta obra, se produjeron en Europa, América y Asia, y que en muchos puntos de la historia de las naciones, se observan los mismos fenómenos que en la historia de España.

EPOCA DÉCIMA-QUINTA

Esta época se divide en dos períodos: el primero, que comprende desde el año 1517 hasta el 1648, y el segundo, que comprende desde el 1648 hasta el 1800. El primer período se caracteriza por la guerra de los treinta años, que comenzó en Alemania y se extendió a otros países de Europa. El segundo período se caracteriza por la revolución francesa, que comenzó en Francia y se extendió a otros países de Europa.

INTRODUCCION

Conviene consignar aquí algunas de las consideraciones generales sobre esta época, compiladas en la introducción de la obra, á fin de concretar los hechos más notables de la época que vamos á recorrer. Exige el estudio elevado y fundamental de la Historia apuntar en ordenada síntesis los grandes hechos y las causas de los que más han influido en el rumbo y dirección de las ideas. En ninguna época como en la de la malhadada Reforma, se presenta tan clara y visible la torpe influencia de la soberbia humana, arrastrando á la humanidad por caminos de oscura perdición, á la anarquía, al desasosiego social, al desquiciamiento más completo de toda idea, y concierto y armonía, así en el orden religioso, como en el social y político. Esta época es la época de la nueva rebelion del hombre contra Dios; es el gérmen de la despiadada revolucion triunfante, castigo de tanta perversion. La edad moderna trae desde su origen grabado en su frente el sello de rebelion, y caminamos siglos há sufriendo en la locura de nuestras propias obras el castigo del nuevo pecado.

de las ciencias y letras, que durante esta época y muchos acontecimientos que no se detallan en esta obra, se produjeron en Europa, América y Asia, y que en muchos puntos de la historia de las naciones, se observan los mismos fenómenos que en la historia de España.

EPOCA DÉCIMA-QUINTA

Esta época se divide en dos períodos: el primero, que comprende desde el año 1517 hasta el 1648, y el segundo, que comprende desde el 1648 hasta el 1800. El primer período se caracteriza por la guerra de los treinta años, que comenzó en Alemania y se extendió a otros países de Europa. El segundo período se caracteriza por la revolución francesa, que comenzó en Francia y se extendió a otros países de Europa.

INTRODUCCION

Conviene consignar aquí algunas de las consideraciones generales sobre esta época, compiladas en la introducción de la obra, á fin de concretar los hechos más notables de la época que vamos á recorrer. Exige el estudio elevado y fundamental de la Historia apuntar en ordenada síntesis los grandes hechos y las causas de los que más han influido en el rumbo y dirección de las ideas. En ninguna época como en la de la malhadada Reforma, se presenta tan clara y visible la torpe influencia de la soberbia humana, arrastrando á la humanidad por caminos de oscura perdición, á la anarquía, al desasosiego social, al desquiciamiento más completo de toda idea, y concierto y armonía, así en el orden religioso, como en el social y político. Esta época es la época de la nueva rebelion del hombre contra Dios; es el gérmen de la despiadada revolucion triunfante, castigo de tanta perversion. La edad moderna trae desde su origen grabado en su frente el sello de rebelion, y caminamos siglos há sufriendo en la locura de nuestras propias obras el castigo del nuevo pecado.

de las ciencias y letras, que durante esta época y muchos acontecimientos que no se detallan en esta obra, se produjeron en Europa, América y Asia, y que en muchos puntos de la historia de las naciones, se observan los mismos fenómenos que en la historia de España.

EPOCA DÉCIMA-QUINTA

Esta época se divide en dos períodos: el primero, que comprende desde el año 1517 hasta el 1648, y el segundo, que comprende desde el 1648 hasta el 1800. El primer período se caracteriza por la guerra de los treinta años, que comenzó en Alemania y se extendió a otros países de Europa. El segundo período se caracteriza por la revolución francesa, que comenzó en Francia y se extendió a otros países de Europa.

INTRODUCCION

Conviene consignar aquí algunas de las consideraciones generales sobre esta época, compiladas en la introducción de la obra, á fin de concretar los hechos más notables de la época que vamos á recorrer. Exige el estudio elevado y fundamental de la Historia apuntar en ordenada síntesis los grandes hechos y las causas de los que más han influido en el rumbo y dirección de las ideas. En ninguna época como en la de la malhadada Reforma, se presenta tan clara y visible la torpe influencia de la soberbia humana, arrastrando á la humanidad por caminos de oscura perdición, á la anarquía, al desasosiego social, al desquiciamiento más completo de toda idea, y concierto y armonía, así en el orden religioso, como en el social y político. Esta época es la época de la nueva rebelion del hombre contra Dios; es el gérmen de la despiadada revolucion triunfante, castigo de tanta perversion. La edad moderna trae desde su origen grabado en su frente el sello de rebelion, y caminamos siglos há sufriendo en la locura de nuestras propias obras el castigo del nuevo pecado.

de las ciencias y letras, que durante esta época y muchos acontecimientos que no se detallan en esta obra, se produjeron en Europa, América y Asia, y que en muchos puntos de la historia de las naciones, se observan los mismos fenómenos que en la historia de España.

LA REFORMA

EPOCA DÉCIMA-QUINTA

Esta época se divide en dos períodos: el primero, que comprende desde el año 1517 hasta el 1648, y el segundo, que comprende desde el 1648 hasta el 1800. El primer período se caracteriza por la guerra de los treinta años, que comenzó en Alemania y se extendió a otros países de Europa. El segundo período se caracteriza por la revolución francesa, que comenzó en Francia y se extendió a otros países de Europa.

INTRODUCCION

Sólo la piadosa oracion de los buenos, el pontificado, la sabiduría infalible y el clero católico, han podido evitar hasta el presente la total ruina del mundo moderno, ahogado quizás al presente, á no haber sido por tan altas influencias, en una atmósfera impía, de despotismo y anarquía, y sangre bárbara é inaudita tiranía, refinada con la hipocresía de la cultura intelectual contemporánea. La Reforma tuvo sus causas y sus progentores: nació engendrada en la soberbia y alentada por entendimientos bajos, apasionados y mezquinos; pero tuvo sus impugnadores, que han sido los sepultureros de este error, á la faz del mundo, en el suelo de la vieja Europa: dos genios católicos, cuyos nombres son el terror de la Reforma, Bossuet y Balmes, el filósofo de Vich, el eminente español, sábio y virtuoso, que en la flor de la vida fué sin duda premiado por Dios con inmarcesible corona de gloria, dejando un vacío que la Providencia no ha reemplazado hasta el presente, en la moderna Europa. Estos dos genios nos explican y concretan admirablemente las causas de la Reforma;



«¿Cuáles fueron, dice Balmes, las causas de que apareciese en Europa el protestantismo, y de que tomase tanta extension é incremento? Digna es por cierto tal cuestion de ser examinada con mucho detenimiento, ya por la importancia que encierra en sí propia, ya tambien porque llamándonos á investigar el origen de semejante plaga, nos guía al lugar más á propósito para que podamos formarnos una idea más cabal de la naturaleza y relaciones de ese fenómeno, tan poco observado como mal definido.

Cuando á los efectos de la naturaleza y tamaño del protestantismo se trata de señalarles sus causas, es poco conforme á razon el recurrir á hechos de poca importancia, ya porque lo sean de suyo, ó porque estén limitados á determinados lugares y circunstancias. Es un error el suponer que de causas muy pequeñas pudiesen resultar efectos muy grandes; pues que si bien es verdad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, tambien lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son expresiones de significado muy diferente. Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio; pero es porque encuentra abundancia de materias inflamables. Lo que es general ha de tener causas generales; lo que es muy duradero y arraigado, causas muy duraderas y profundas. Esta es una ley constante, así en el orden moral como en el físico, pero ley cuyas aplicaciones son muy difíciles, particularmente en el orden moral; pues en él, á veces están las cosas grandes encubiertas con velos tan modestos, está cada efecto enlazado con tantas causas, y por medio de tan delicadas hebras y tan complicada contextura, que al ojo más atento y perspicaz, ó se le escapa enteramente, ó se le pasa como cosa liviana y de poco resultado, lo que tenía tal vez la mayor importancia é influjo; y al contrario, andan las cosas pequeñas tan cubiertas de oropel, tan adornadas y relumbrantes, tan acompañadas de ruidoso cortejo, que es muy fácil que engañen al hombre, ya muy propenso de suyo á juzgar con meras apariencias.

Insistiendo en los principios que acabo de

asentar, no puedo inclinarme á dar mucha importancia, ni á la rivalidad excitada por la predicacion de las indulgencias, ni á las demasías que pudieran cometer en esta materia algunos subalternos; pudo todo esto ser una ocasion, un pretexto, una señal de combate, pero en sí era muy poca cosa para poner en conflagracion el mundo. Aunque tal vez sea más plausible, no es sin embargo más puesto razon, el buscar las causas del nacimiento y extension del protestantismo en el carácter y circunstancias de los primeros novadores.

Pondérase con énfasis la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero, y hácese notar cuán á propósito eran para inflamar el ánimo de los pueblos, arrastrarlos en pos de los nuevos errores é inspirarlos encarnizado odio contra la Iglesia romana; encarcénese no ménos la sofisticada astucia, el estilo metódico, la expresion elegante de Calvino, calidades muy adaptadas para dar alguna aparente realidad á la informe masa de errores que enseñaban los nuevos sectarios, poniéndolas más en estado de ser abrazados por personas de más fino gusto; y á este tenor se van trazando cuadros más ó ménos verídicos de los talentos y demas calidades de otros hombres. Ni á Lutero, ni á Calvino, ni á ninguno de los principales fundadores del protestantismo, trato de disputarles los títulos con que adquirieron su triste celebridad; pero me parece que el insistir mucho sobre las calidades personales, y el atribuir á éstas la principal influencia en el desarrollo del mal, es no conocerle en toda su extension, es no evaluarle en toda su gravedad, y es además olvidar lo que nos ha enseñado la historia de todos los tiempos.

En efecto; si miramos con imparcialidad á aquellos hombres, nada encontraremos en ellos de tan singular que no se halle con igualdad, ó con exceso, en casi todas las cabezas de secta. Sus talentos, su erudicion, su saber, todo ha pasado ya por el crisol de la critica; y ni entre los católicos ni entre los protestantes se halla ya nadie instruido é imparcial que no tenga por exageraciones de partido las desmedidas alabanzas que les habian tributado. Bajo todos aspectos, ya se los considera sólo en la



clase de aquellos hombres turbulentos que reúnen las circunstancias necesarias para provocar trastornos. Desgraciadamente, la historia de todos tiempos y países y la experiencia de cada día nos enseña que esos hombres son cosa muy comun, y que aparecen donde quiera que una funesta combinacion de circunstancias ofrezca ocasion oportuna.

Cuando se ha querido buscar otras causas, que por su extension é importancia estuvieran más en proporcion con el protestantismo, se han señalado comunmente dos: la *necesidad de una reforma*, y el *espíritu de libertad*. «Había muchos abusos, han dicho algunos; se descuidó la reforma legitima, y este descuido provocó la revolucion.» «El entendimiento humano estaba en cadenas, han dicho otros, quiso quebrantarlas; y el protestantismo no fué otra cosa que un *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, un vuelo atrevido del pensamiento humano*.» Por cierto que á esas opiniones no puede tachárselas de que señalen causas pequeñas, y cuya influencia se circunscribe á espacio breve, y hasta en ambas se encuentra algo que es muy á propósito para atraerles prosélitos. Ponderando la una la necesidad de una reforma, abre anchuroso campo para reprehender la inobservancia de las leyes y la relajacion de las costumbres, y esto excita siempre simpatías en el corazon del hombre, indulgente cuando se trata de los deslices propios, pero severo é inexorable con los ajenos; y pronunciando la otra las deslumbradoras palabras de *libertad de atrevido vuelo del espíritu*, puede estar siempre segura de hallar dilatado eco, pues que éste no falta jamás á la palabra que lisonjea el orgullo.

No trato yo de negar la necesidad que á la sazón habia de una reforma; convengo en que era necesaria, bastándome para esto dar una ojeada á la Historia, el escuchar los sentidos lamentos de grandes hombres, mirados por la Iglesia como hijos muy predilectos; y sobre todo me basta leer en el primer decreto del concilio de Trento, que uno de los objetos del concilio era la *reforma del clero y del pueblo cristiano*; me basta oír de boca del papa Pío IV en la confirmacion del mismo concilio, que uno

de los objetos para que se habia celebrado, era la *correccion de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina*. Sin embargo, y á pesar de todo esto, no puedo inclinarme á dar á los abusos tanta influencia en el nacimiento del protestantismo como le han atribuido muchos, y á decir verdad, me parece muy mal resuelta la cuestion, siempre que para señalar la verdadera causa del mal se insiste mucho sobre los funestos resultados que habian de traer consigo los abusos, así como, por otra parte, no me satisfacen las palabras de *libertad* y de *atrevido vuelo del pensamiento*. Lo diré paladinamente: por más respeto que se merezcan algunos de los hombres que han dado tanta importancia á los abusos, por más consideraciones que tenga á los talentos de otros que han apelado al espíritu de libertad, ni en unos ni en otros encuentro aquel análisis filosófico é histórico á la par, que no aparta del terreno de los hechos, sino que los examina y alumbrá, mostrando la íntima naturaleza de cada uno sin descuidar su enlace y encadenamiento.

Se ha divagado tanto en la definicion del protestantismo y en el señalamiento de sus causas, por no haberse advertido que no es más que un hecho comun á todos los siglos de la historia de la Iglesia, pero que tomó su *importancia y peculiares caracteres de la época en que nació*. Con esta sola consideracion, fundada en el testimonio constante de la Historia, y confirmada por la razon y la experiencia, todo se allana, todo se aclara y explica; nada hemos de buscar en sus doctrinas ni en sus fundadores de extraordinario ni singular, porque todo lo que tiene de característico, todo proviene de que nació en *Europa y en el siglo XVI*. Desenvolveré este pensamiento, no echando mano de racionios aéreos, que sólo estriben en suposiciones gratuitas, sino apelando á hechos que nadie podrá contestar.

Es innegable que el principio de sumision á la autoridad en materias de fé, ha encontrado siempre mucha resistencia por parte del espíritu humano. No es este el lugar de señalar las causas de esta resistencia, causas que en el curso de esta obra me propongo analizar; me basta por ahora consignar el hecho y recordar



á quien lo pusiere en duda, que la historia de la Iglesia va siempre acompañada de la historia de las herejías. Conforme á la variedad de tiempos y países, el hecho ha presentado diferentes fases, ora haciendo entrar en torpe mezclanza el judaísmo y el cristianismo, ora combinando con la doctrina de Jesucristo los sueños de los orientales, ora alterando la pureza del dogma católico con las cavilaciones y sutilezas del sofista griego; es decir, presentando diferentes aspectos, segun ha sido diferente el aspecto del espíritu humano. No ha dejado, empero, este hecho de tener dos caracteres generales que han manifestado bien á las claras que el origen es el mismo, á pesar de ser tan vario el resultado en su naturaleza y objeto. Estos caracteres son: *el odio á la autoridad de la Iglesia y el espíritu de secta.*

Bien claro es, que si en cada siglo se habia visto nacer alguna secta que se oponia á la autoridad de la Iglesia y erigia en dogmas las opiniones de sus fundadores, no era regular que dejase de acontecer lo mismo en el siglo XVI; y atendiendo el carácter del espíritu humano, me parece que si el siglo XVI hubiera sido una excepcion de la regla general, tendríamos actualmente una cuestion bien difícil de resolver y sería: ¿cómo fué posible que no apareciese en aquel siglo ninguna secta? Pues bien; una vez nacido en el siglo XVI un error cualquiera, sea cual fuere su origen, su ocasion y pretexto, luégo que se haya reunido en torno de la nueva enseña una porcion de prosélitos, veo ya el protestantismo en toda su extension, en toda su trascendencia, con todas sus divisiones y subdivisiones, con toda su audacia y energía para desplegar un ataque general contra cuantos puntos de dogma y de disciplina se enseñen y observen en la Iglesia. En vez de Lutero, de Zwinglio, de Calvino, poned si os place á Arrio, á Nestorio, á Pelagio; en lugar de los errores de aquellos, enseñad si quereis los de éstos; todo será indiferente porque todo tendrá un mismo resultado. El error excitará desde luégo simpatías, encontrará defensores, acalorará entusiastas, se extenderá, se propagará con la rapidez de un incendio, se dividirá luégo, y tomarán sus

chispas direcciones muy diferentes; todo se defenderá con aparato de erudicion y de saber, variarán de continuo las creencias, se formularán mil profesiones de fé, se cambiará la liturgia, y haránse mil trozos los lazos de disciplina, es decir, tendreis el *protestantismo*. ¿Y cómo es que en el siglo XVI haya de tomar el mal tanta gravedad, tanta extension y trascendencia? Porque la sociedad de entónces es muy diferente de todas las anteriores, y lo que en otras épocas pudiera causar un incendio parcial, habia de acarrear en ésta una conflagracion espantosa. Componíase la Europa de un conjunto de sociedades inmensas, que, como formadas en una misma matriz, tenían mucha semejanza en ideas, costumbres, leyes é instituciones; habíase entablado por consiguiente entre ellas una viva comunicacion, ora excitada por rivalidades, ora por comunidad de intereses; en la generalidad de la lengua latina existia un medio que facilitaba la circulacion de toda clase de conocimientos, y sobre todo acababa de generalizarse un rápido vehículo, un medio de explotacion, de multiplicacion y expansion de todos los pensamientos y afectos, un medio que poco ántes saliera de la cabeza de un hombre como un resplandor milagroso preñado de colosales destinos: *la imprenta.*

Tal es el espíritu humano, tal su volubilidad, tanto el apego que cobra fácilmente á toda clase de innovaciones, tal el placer que siente en abandonar los antiguos rumbos para seguir otros nuevos, que una vez levantada la enseña del error, era imposible que no se agrupasen muchos en torno de ella. Sacudido el yugo de la autoridad en países donde era tan vasta, tan activa la investigacion, donde fermentaban tantas discusiones, donde bullian tantas ideas, donde germinaban todas las ciencias, ya no era dable que el vago espíritu del hombre se mantuviera fijo en ningun punto, y debia por precision pulular un hormiguero de sectas, marchando cada una por su camino á merced de sus ilusiones y caprichos. Aquí no hay medio: las naciones civilizadas, ó serán católicas, ó recorrerán todas las fases del error; ó se mantendrán aferradas al áncora de la autoridad, ó



desplegarán un ataque general contra ella, combatiéndola en sí misma y en cuanto enseña ó prescribe. El hombre, cuyo entendimiento está despejado y claro, ó vive tranquilo en las apacibles regiones de la verdad, ó la busca desasosegado é inquieto; y como estribando en principios falsos, siente que no está firme el terreno, que está mal segura y vacilante su planta, cambia continuamente de lugar, saltando de error en error, de abismo en abismo. El vivir en medio de errores, y estar satisfecho de ellos, y transmitirlos de generacion en generacion, sin hacer modificacion ni mudanza, es propio de aquellos pueblos que vegetan en la ignorancia y envilecimiento; allí el espíritu no se mueve, porque duerme.

Colocado el observador en este punto de vista, descubre el protestantismo tal cual es en sí; y como domina completamente la posicion, ve cada cosa en su lugar, y puede por tanto apreciar su verdadero tamaño, descubrir sus relaciones, estimar su influencia y explicar sus anomalías. Entónces, situados los hombres en su lugar, y comparados con el vasto conjunto de los hechos, aparecen en el cuadro como figuras muy pequeñas, que podrian muy bien ser substituidas por otras, que nada importa que estuvieran un poco más acá ó un poco más allá, que era indiferente que tuviesen esta ó aquella forma, este ó aquel colorido; y entónces salta á los ojos que el entretenerse mucho en ponderar la energía de carácter, la fogosidad y audacia de Lutero, la literatura de Melancton, el talento sofisticado de Calvino, y otras cosas semejantes, es desperdiciar el tiempo y no explicar nada. Y en efecto: ¿qué eran todos esos hombres y otros corifeos? ¿tenian acaso algo de extraordinario? ¿no eran por ventura tales como se los encuentra con frecuencia en todas partes? Algunos de ellos ni excedieron siquiera de la raya de medianos; y de casi todos puede asegurarse que si no hubieran tenido celebridad funesta, la hubieran tenido muy escasa. Pues ¿por qué hicieron tanto? porque encontraron un monton de combustible, y le pegaron fuego; ya veis que esto no es muy difícil, y sin embargo ahí está todo el misterio. Cuando veo á Lutero, loco de orgullo, precipi-

tarse en aquellos delirios y extravagancias que tanto lamentaban sus propios amigos; cuando le veo insultar groseramente á cuantos le contradicen, indignarse contra todo lo que no se humilla en su presencia; cuando le oigo vomitar aquel torrente de dicerios soeces, de palabras inmundas, apénas me causa otra impresion que la de lástima; este hombre, que tiene la singular ocurrencia de llamarse *Notharius Dei*, desvaría, tiene medio perdido el juicio, y no es extraño, porque ha soplado, y con su soplo se ha manifestado un terrible incendio; es que habia un almacen de pólvora, y su soplo le ha aproximado una chispa; y el insensato, que en su ceguera no lo advierte, dice en su delirio: *Muy poderoso soy; mirad, mi soplo es abrasador, pone en conflagracion el mundo.*

Y los abusos, ¿qué influencia tuvieron? Si no abandonamos el mismo punto de vista en que nos hemos colocado, verémos que dieron tal vez alguna ocasion, que suministraron algun pábulo, pero que están muy léjos de haber ejercido la influencia que se les ha atribuido. Y no es porque trate ni de negarlos ni de excusarlos, no es porque no haga el debido caso de los lamentos de grandes hombres; pero no es lo mismo llorar un mal que señalar y analizar su influencia. El varon justo que levante su voz contra el vicio, el ministro del santuario devorado por el celo de la Casa del Señor, se expresan con acento tan alto y tan sentido, que no siempre sus quejas y gemidos pueden servir de dato seguro para estimar el justo valor de los hechos. Ellos sueltan una palabra que sale del fondo de su corazon; sale abrasada, porque arde en sus pechos el amor y el celo de la justicia; y viene en pos de ellos la mala fe, interpreta á su maligno talante las expresiones, y todo lo exagera y desfigura.

Sea lo que fuere de todo esto, bien claro es que, ateniéndonos á lo que dejamos firmemente asentado con respecto al origen y naturaleza del protestantismo, no pueden señalarse como principal causa de él los abusos, y que, cuando más, pueden indicarse como ocasiones y pretextos. Si así no fuere, sería menester decir que en la Iglesia, ya desde su origen, aun en el tiempo de su primitivo fervor y de